

16
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Via Luyetann, 12 - BARCELONA - Telef. 4425 A.

Pescador de Islandia

Adaptación cinematográfica de la
famosa novela de Pierre LOTI

Interpretación de

Sandra MILOWANOFF y Charles VANEL

Dirección de

Jacques de BARONCELLI



Exclusivas E C A

PALAU Y ARQUER

Consejo de ciento, 278- BARCELONA

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Pescador de Islandia

Argumento de la película

En el marco a la vez sencillo y maravilloso de las costas de Bretaña, posóse un día, como un trovador enamorado, para cantar sus bellezas y dolores, sus ternuras y sus sacrificios, un bravo oficial de la Armada Francesa, que se llamó, en el campo literario, Pierre Loti.

El mar era el amor de sus amores, y su lira exhaló sonoridades sublimes en loor de los pescadores de Islandia.

Perdónesenos nuestra osadía al intentar narrar lo que él dejó escrito y que tiene para nosotros valor de obra de arte.



En Bretaña, para aplacar las iras del mar, de ese mar que es azote y medio de vida, en fechas determinadas sale en procesión la imagen chiquita e ingenua de Nuestra Señora de la Bonne-Nouvelle, patrona de los pescadores de Islandia.

La ceremonia es imponente, y el pueblo en masa une sus ansias en sentidas plegarias por el bien común.

Los jóvenes recuerdan haber oído hablar de viejos desaparecidos, y los abuelos, al contemplar con orgullo a los hijos de sus hijos, optimistas y robustos, sienten que un escalofrío electriza su cuerpo. ¡Oh, si llegaran a perderlos también!

Y un murmullo de voces implorantes asciende a las alturas, confundándose con el humo oloroso de los incensarios...

La vida se desliza con aplastante monotonía, durante la ausencia de los pescadores, y despierta de su sopor cuando ellos regresan.

Arremolinanse en tan faustos momentos, en el muelle, desde el primero hasta el último de los familiares de los que vuelven, y el júbilo es conmovedor.

Se secan las lágrimas como por obra de milagro. Resurge bruscamente el afán de vivir, y todo parece transformado.

Raros son los acontecimientos que se añaden al incomparable del retorno a sus lares de los pescadores.

Ni falta que hacen.

Pero, un día, sin que nadie tuviese noticia de ello, las ruedas de un coche hirieron las piedras de las estrechas calles del pueblo de Paimpol, despertando la curiosidad de los vecinos.

En el zaguán de las casas aparecían prestamente caras y caritas.

¿Quiénes eran los que llegaban? ¿Forasteros? ¿Del lugar?

En el coche, una linda muchacha demostraba con inagotables sonrisas su contento.

A su lado, su padre le estrechaba cariñosamente las manos. Estaba emocionado. No podía hablar como ella.

Esos dos seres eran los Nevel, oriundos de Bretaña. Margarita, nombre de la muchacha, había nacido en Paimpol, y desde su tierna infancia había sido trasladada de su terruño a París, donde permaneció quince años. Todo lo recordaba, sin embargo, como si el tiempo transcurrido no hubiese sido más que un soplo.

Su padre, en medio de su alegría, que no podía expresar como él quisiera, experimentaba la sensación del emigrante que torna a su suelo.

—¡Papá, al fin voy a poder ver a *nos* pescadores de Islandia! — exclamó súbitamente la adorable joven.

—Sí, Gaud — respondió su padre.

Gaud era el nombre de Margarita traducido al bretón, y por el que se la conocía más.

Al fin el coche cansóse de dar vueltas por el pueblo, y detúvose en una calle de buen aspecto.

Algunos hombres, de varias edades, aproximáronse al carruaje, y casi todos reconocieron a los que iban en él.

Gaud y un muchacho de rostro tímido quedaron mirando uno a otro un buen momento, tras el que ella, sonriéndole, le tendió la mano.

El muchacho correspondió al gesto de Gaud, pero no pudo articular ni una palabra.

Tratábase de Silvestre de Moan, primo de Gaud y su compañero de juegos de la infancia. La distancia de los años no entibió su amistad, pues jamás sus espíritus cometieron la ingratitude de olvidarse...

Gaud, mientras su padre saludaba afectuosamente a los que le daban la bienvenida, dijo a Silvestre:

—¡Primo mío!... Pero ¿no me reconoces?

Silvestre se sacudió ante la llaneza de Gaud, y repuso, con gran contento:

—¿Cómo iba a haberte olvidado, Gaud? Siempre he pensado en ti como en una hermana... Estás muy cambiada.

—Naturalmente, Silvestre! ¡Teníamos cinco años cuando nos separamos! Y tú eres un buen mozo.

Silvestre no había experimentado jamás tanta alegría como la que llenaba su corazón.

en aquellos momentos. ¿No parecía un sueño que Gaud volviese al pueblo? ¿Qué diría la abuela al verla? ¡Oh, debía ir a avisarla en seguida!

El padre de Gaud se despidió de todos sus antiguos conocidos, pues deseaba descansar del viaje, y al hacerlo Silvestre y su prima, ésta preguntó con afectuoso recuerdo, por la abuela en que estuvo pensando el muchacho, y quedaron uno y otro en que se volverían a ver pronto en la casita de la anciana.

La llegada de Silvestre al hogar, fué emotiva.

Con grandes gestos de júbilo, exclamó, alegrándose de antemano de la satisfacción que iba a dar a la buena mujer:

—¡Abuela! ¡Abuelita!... ¡Gaud acaba de regresar a Paímpol!

La humilde vieja, como tantas viudas de Bretaña, había perdido a su marido y a todos sus hijos en el mar. Sólo le quedaba su adorado nieto Silvestre, que pronto tendría que abandonarla para cumplir su servicio militar.

Levantándose penosamente de la silla donde hacía colecta, la abuela Moan pareció querer di-

rigirse hacia la puerta de la casa, tendidos los brazos hacia adelante, como para abrazar a alguien.

Silvestre la detuvo cariñosamente.

—No está ahí, abuela, todavía, nuestra querida Gaud. Pero no tardará mucho. Me lo ha prometido. Ella también tiene muchos deseos de ver a usted.

—¡Hijo mío, esa dulce niña me recuerda a mi tantas cosas! ¡Me ha querido tanto siempre!

—Pues cuando la vea, abuelita, se va a llevar una gran sorpresa.

—¿Por qué, hijo mío?

—Está más bonita...

—Ya lo era, Silvestre...

—No tanto, abuela, no tanto... Le aseguro a usted que su cara es digna de la de la Virgen...

—Todas las doncellas se parecen a Nuestra Señora, cuando son buenas como Gaud. ¡Qué alegría que esté aquí! ¡Quiero verla, hijo mío!

—Yo también estoy loco de alegría. Es mi amiga de la infancia la que ha vuelto, abuela; y pareceme que revivo los días infinitamente

venturosos de aquellos tiempos... Contemplo a Gaud descalza, corriendo por los riscos sin que se quejase de las heridas que ellos causaban a sus tiernos pies... La veo en las lanchas pesqueras, comiendo con nosotros... ¡Ay, abuela, a los veinte años también sueñan grandemente los recuerdos de los cinco!

Era tal la emoción de Silvestre, que unas lágrimas rodaron francamente por sus morenas mejillas.

—Pero, hijo, ¿lloras? — inquirió, con ternura la anciana.

—Es de contento, abuela... El regreso de Gaud es para mí como la resurrección de un ser inolvidado... Al menos ella ha vuelto...

Tienes razón, Silvestre... Ella ha vuelto... Y también la abuela lloró...



Gaud, en su linda casa, respiraba con toda la fuerza de sus pulmones el aire saturado de la brisa marina.

París estaba muy lejos ya en su memoria. Paimpoi era su tierra, el rincón del mundo que tenía derecho a su devoción y cariño.

Sus hábitos de señorita francesa desaparecieron al contacto de las ropas propias del país, y, en honor de la verdad, transformada en pueblerina rica, tenía todo el encanto de las cosas sencillas y olorosas, hermanándose en ella la gracia mística de la violeta y la fragancia de la pujante retama.

Tan pronto estuvo arreglada, hizo desaparecer sus sedosos cabellos bajo reducida y amplia cofia, que hacía resaltar la ingenuidad de su rostro, como en un marco; y salió de su casa hacia la de la abuela Moan.

Sin preparativo alguno, ansiosa de ver el efecto que le causaba a la anciana su reaparición desde tan larga ausencia, entró en el hogar.

La abuela no tuvo tiempo de levantarse de su silla, y temblando los labios, incapaces de expresar lo que sentía su corazón, la llamó a sí con sus brazos.

Gaud se abandonó a la ternura de la anciana, y, a su vez, la colmó de caricias.

—¡Abuelita Moan! ¡Qué bonita, qué primorosa!

La anciana no podía sobreponerse a su emoción, y sus manos suplían su boca, acariciando a la querida niña hecha un pámplio.

Al fin, pudo pronunciar, con trémolo en la voz:

—¡Sí, es Gaud, la misma Gaud de antaño!

Y las dos mujeres quedaron abrazadas silenciosamente.

Mientras, Silvestre, a través de sus sonrisas dejaba correr sus lágrimas... que él, para ser mejor hombre, sabía ser un buen niño...

Algunos meses después, en el mar de Islandia donde un sol pálido iluminaba día y

noche, durante los meses de verano, aquel paisaje gélido, la goleta "Maria" se mantenía



—¡Sí, es Gaud, la misma Gaud de antaño!

al paio, con sus hombres empleados en la pesca del bacalao.

Entre los tripulantes de la "Maria" se con-

taba un gran mozo: Yann Gaos, prototipo del pescador islandés; intrépido, fuerte y trabaja-



Yann Gaos, prototipo del pescador "islandés"...
Charles Vanel

dar. El mar era su obsesión, porque en su lecho reposaban todos sus hermanos...

Un domingo de junio, mientras en Paimpol

dos mujeres estaban atareadas escribiendo una carta, lejos de su tierra, los pescadores de la "María", unidos por el peligro común, evocaban el recuerdo de los seres queridos, de sus hijos, de sus mujeres, de sus novias...

Tal que si obedecieran a una orden secreta, todos a un tiempo evocaban la escena de la última despedida. Siempre lo mismo. Idéntica amargura. Idénticos temores. Consejos de prudencia de los que quedaban en tierra a los que se hacían a la mar.

Todos los grupos eran otros tantos motivos para cuadros. El padre besaba a sus hijos, pensando en la transformación que habrían experimentado a su regreso. El esposo estrechaba contra su vigoroso pecho a su amante compañera, prometiéndole volver, asegurando que el mar no podría con él, si se empeñara en gastarle una broma... El abuelo tenía muchos abrazos y besos que repartir, y era el que, aun no pareciéndolo, levantaba el ánimo de los jóvenes.

¿Y qué decir del muchacho recién prometido a la mujer de sus sueños? El mar arrullaba la melancólica canción que entonaban uniendo sus manos nerviosamente.

—Hasta pronto, Juan... Te esperaré con todo mi amor...

—Yo quisiera, Marta, que, a mi vuelta, pudiéramos casarnos... Adiós...

Partían las simpáticas goletas, erguidos sus blancos penachos, y los que desde el muelle agitaban sus pañuelos hasta que las embarcaciones se empuñecían en la línea del horizonte, sentían que su pecho se ahogaba, oprimido por la angustia del mañana...

Las dos mujeres que escribían una carta ese domingo de Junio, eran Gaud y la abuela Moan, a quien un parentesco lejano y, sobre todo, un cariño maternal, la unían a la muchacha, a la que utilizaba siempre como "secretaria", para comunicarse con su nieto, que formaba parte de la tripulación de la goleta "Maria", como Yann Gaos.

La carta tenía dos buenas páginas de texto, y cuando Gaud creyó que estaba terminada, preguntó a la abuela si podía poner la frase de despedida, pero su pregunta parecía recordar un olvido...

—Y... ¿nada más abuela?...

—¡Ah! Es verdad. Dile que salude a Yann,

Gaud dió un leve suspiro, llenó el sobre que contenía la carta ya lista, y al quedar a solas, su pensamiento retrocedió hacia otros días... hacia el día en que vio por primera vez a Yann...

Ello fué en ocasión de una pequeña fiesta. Había baile, y ella asistió al mismo.

Yann bailó con ella. ¡Oh, cómo bailaban! Parecía a Gaud no haberlo hecho jamás con un maestro tan perfecto como el pescador "islandés". En sus brazos, parecía una muñeca. ¡Ella, tan frágil, y él, tan buen mozo!

Un momento que salieron del salón para descansar y tomar un poco el aire, sentados a la puerta de la casa en jolgorio, hablaron como buenos amigos.

—Este oficio de pescador en el mar de Islandia, es duro, señorita... Partir en el mes de Febrero hacia un país tan frío y tan triste, con un mar tan malo... Sin embargo, yo no lo cambiaré por ningún otro — le dijo él a ella; que le miraba y escuchaba con embeleso.

No encontrando otro tema más agradable, o más fácil de desarrollar, Yann continuó hablando de su oficio.

—Los bacalaoos mejores son los de Islandia... Nosotros tenemos que cogerlos uno a uno, como el campesino coge con un tridente puñados de paja... En Terranova, al contrario, los bacalaoos se apresan con una red, que se sube a bordo una vez llena; y es digno de ver el momento de abrir la red, para que los bacalaoos se desparramen por cubierta. Es una verdadera avalancha lo que cae. Cuán diferente de nosotros, ¿verdad? Pero nuestra pesca es la más apreciada y la que se paga mejor. Hay años de ochocientos francos; otros de mil doscientos, que yo, al regresar, entrego a mi madre.

—Es usted un buen hijo, señor Yann...

—Esa es la costumbre de los "islandeses", señorita.

Aquella conversación era vulgar, de una vulgaridad aplastante; pero la voz de Yann, tan ruda de ordinario, se hacía tan suave y tan dulce para pronunciar las palabras, que Gaud las escuchaba como palabras de amor...

Después de aquel baile, ella se había considerado casi como la prometida de Yann, pero el no había vuelto a hablarle y parecía huírle siempre que la veía...

¿Por qué se portaba de tan extraña manera con ella?

Coincidiendo con el pensamiento de Gaud, Silvestre, que era buen amigo de Yann, después de haber hablado sus compañeros acerca de los seres que habían dejado en tierra, preguntó a éste:

—Y tú, Yann, ¿cuándo piensas casarte?

—No he pensado jamás en tal cosa, muchachos. Mi suerte está en el mar... y no quisiera que por mi causa, una mujer...

—¡Bah! Cuando encuentres esa mujer, harás lo que todos — respondióle un buen viejo.

—No la he encontrado ni la encontraré nunca.

—Eres un insensato, Yann. Los dolores se mueren a fuerza de oponerles alegrías. El que navega ha de llevarse en su mente el recuerdo de una mujer.

—Me llevo el de mi madre.

—Ese no te lo llevas tú, porque ya naciste con él.

—En fin, no hablemos más de eso... ¡Volvamos al trabajo!

Un poco después, Yann se entregaba de

lleno a la ruda tarea de la pesca, contemplando fijamente el mar, como si quisiera hurgar en su fondo...



—Mi suerte está en el mar... y no quiero que por mi causa, una mujer...

Silvestre estaba a su lado; y, de pronto, le dijo afectuosamente:

—¿Y Gaud?... ¿Por qué no te casas con ella?

Al oír el nombre de la que fué su pareja aquella noche de fiesta, Yann se turbó. ¿Qué iba a contestar a Silvestre? Difícil era la situación, pero acogiéndose al pretexto de la pesca, limitóse a decir:

—Yo no puedo casarme.

Tras esto, clavó su arpón en la preciada pesca, poniendo en su gesto cierta rabia... El Mar, el Mar invencible, era el obstáculo que le impedía amar a ninguna mujer...



Unos meses después, Silvestre acompañó a Gaud a la boda de una amiga de Paimpol.

Los invitados eran numerosos.

Las campanas del viejo campanario llenaban la campiña con sus alegres vibraciones.

Un músico soplabá en su gaita, a la cabeza de la comitiva.

Dominaban las exclamaciones de los jóvenes, que se miraban furtivamente unos a otros.

El sol acariciaba la pintoresca nota de felicidad.

En una explanada cercana a la casa de los desposados, se había improvisado el comedor.

Gaud, pensando, como las demás jóvenes, en el objeto de sus ansias, dijo a su primo, suplicándole no faltase a la verdad:

—¿Qué es lo que le pasa a tu amigo? ¿Por qué no quiere saber nada de mí?

—No sé, Gaud, no sé... Yann no quiere casarse... Es un hombre muy extraño.

Para Silvestre no pasó desapercibida la tristeza de Gaud ante la incomprensible conducta de Yann, y comprendió el gran amor que sentía hacia el ingrato.

Dos días después, Silvestre abandonaba su pueblo para ir a cumplir el servicio militar.

El coche esperaba a la puerta de la casa de la abuela.

El muchacho lió su petate y cargólo en el vehículo.

La anciana estaba inconsolable, y toda la tripulación de la "Maria" y los vecinos se hallaban en la casa, para despedir al amigo y volver a la abuela.

Silvestre estrechó emocionado las manos de todos, abrazó a su vieja con toda su alma, besó a Gaud con un cariño hondamente fraternal, cuando estuvo junto a Yann, su gran amigo, se estrechó contra él, y mirándole a los ojos, con los ojos bañados de lágrimas, le dijo:

—Dime la verdad, Yann... ¿Amas a Gaud?

El fornido pescador no pudo negar la verdad. Su cabeza afirmó.

—Entonces, ¿por qué huyes de ella?... ¿Por qué rehusas hablarle? — continuó Silvestre.

Yann no contestó. Reñían en él sorda batalla el amor de Gaud y la obsesión del mar.

—¿Te casarás con ella algún día?... ¿Habla... necesito saberlo!

Yann vaciló, pero era tan sentida la súplica de su joven amigo, que no pudo menos de complacerle.

—Cuando regreses, te prometo que me casaré con Gaud... — le respondió.

—¡Oh, Yann, qué alegría me das en este momento tan triste para mí! — exclamó Silvestre.

Y como por gratitud, el muchacho que partía hacia remoto destino para largo tiempo, estrechó aún más contra sí a Yann, y también se besaron, como hermanos.

Gaud no sabía nada de lo hablado entre ambos, y siguió esperando un cambio en la actitud de Yann respecto a ella.

Pero eso parecía tan lejano, que, un día,

con la esperanza de verle y de obligarle a hablar con ella, decidió visitar a su padre para llevarle una pequeña suma que el suyo le debía.

Al llegar Gaud a la zona desde la que se divisaba el pueblo de Ploubazlanec, donde vivía Yann con su familia, y en la que había, como refugio para los tristes y descanso para los caminantes, una cruz, a la que se ha dado en llamar "de las viudas" por cuanto bajo sus misericordiosos brazos rezan las infelices que perdieron a sus compañeros en el mar; vió en el otro camino a Yann, que se dirigía a Paimpol. Se detuvo para verle desaparecer sin ser vista, y elevando su mirada a la cruz, murmuró:

—¿Por qué Yann no me quiere, Señor?

Al poco continuó la ruta hacia el hogar de los padres de Yann, para cumplir el encargo de su propio padre.

Atravesó lentamente el cementerio de Ploubazlanec, donde aumentaba cada año el número de cruces en memoria de los pescadores desaparecidos en Islandia.

Con intenso recogimiento, fué leyendo los

explicativos epítafios de las losas de los que no volvieron del mar...



Atravesó lentamente el cementerio de Ploubazlanec...

Al llegar a la casa de los Gaos, los hermanitos de Yann y los niños huérfanos recogidos por los nobles viejos, cuyo número aumenta-

ba cada año, para que las inocentes criaturas no fuesen a parar a los Asilos de caridad, rodearon a Gaud que siempre que tuvo ocasión de verlos se había mostrado cariñosa como una hermana con ellos.

El padre Gaos agradeció a la joven el dinero que le entregaba, y cuando Gaud salió de la casa, habló con su mujer acerca de ella.

Yann no tardó en volver a su hogar, y su padre dijo a su esposa, en presencia del pescador:

—¿No te parece que Gaud sería la mujer que Yann necesita?

Rápidamente, Yann replicó:

—¡No, no! ¡Yo no quiero casarme!

—Vamos, hombre, vamos... El mejor día...

—No se hagan ustedes ilusiones, padres...

—Es verdad, muchacho. Con que te las hagas tú...

—Ni yo tampoco. De sobra conocen ustedes mis ideas...

—De todos modos, Yann...

—No, padre, no... No insista usted...

Gaud, como todos los días, fué a visitar a la abuela Moan, que acababa de recibir carta de su nieto.

Al ver a la joven, la anciana rompió a llorar.

—¿Qué le sucede, abuela?

—¿No sabes la noticia, hija? ¡Mi pobre Silvestre ha sido embarcado hacia la China, donde sigue la guerra!

—No llore, abuela, no llore... Ya verá usted como no le ocurre nada desagradable... Silvestre es fuerte y prudente...

—Pero ¿por qué se lo han llevado tan lejos?

—Pronto volverá, abuela, no lo dude...

—Sí, sí, yo quiero que vuelva... No quisiera morirme sin volverle a ver...

✱✱

Era el último día de febrero, y un viento rto, el terrible viento del Oeste, encrespaba las olas frente a Paimpol.

Un pequeño negocio había llevado a Yann a casa del padre de Gaud.

Cuando Yann se disponía a marcharse, cumplida ya su diligencia, Gaud le saltó al paso junto a la puerta.

—Yann... ¿por qué huye usted de nuestra casa? — le preguntó humildemente.

Yann permaneció mudo, inmóvil y la vista en el suelo, delante de ella.

—La noche de aquel baile en que estuvimos juntos, usted me dijo cosas que yo no he olvidado... Desde aquella noche, ¿qué le hice yo para que usted no quiera ni verme siquiera?

—¡Oh, nada, señorita Gaud! — explotó

Yann — Usted no me ha hecho nada... Pero... comprendalo usted... yo no puedo aspi-



—Yann... ¿por qué huye usted de nuestra casa?

rar a lo que no está al alcance de mi brazo...
Los dos pertenecemos a opuesta condición...
No puede haber nada entre nosotros... Nada... nada...

Gaud no tuvo fuerzas para detener a Yann, al abrir éste la puerta para salir de la casa.

Por la confesión del pescador consideraba la infeliz Gaud que todo había terminado, que Yann no la quería... y su amargura no conoció límite...

Entre tanto, Silvestre seguía navegando, pero ahora en un buque de guerra y por los mares tropicales, con rumbo a la China lejana y misteriosa.

Era vigia, y en la coia, como un pájaro, veía transcurrir las horas, mientras sus labios entonaban muy bajo canciones del país, llenas de añoranzas y de recuerdos.

¡Cuán bellas parecen hasta las más pequeñas insignificancias al apartarnos de un lugar querido!

Pasaron los días, y uno de ellos, Silvestre fué designado para formar parte de la patrulla de desembarco. Al día siguiente recibiría el bautismo de fuego.

Precisamente al recibir esa noticia, el correo le había traído una carta de su tierra. Era de la abuela, pero hablaba de Gaud. Le había sucedido una irreparable desgracia. La pobre había perdido a su padre.

Y el temor y el dolor atenazaron el corazón del marino.



La pobre había perdido a su padre.

Al día siguiente, a la hora en que descendía un poco sobre el mar el sol de Islandia, a la hora en que las doce campanadas de la me-

dianoche sonaban en Bretaña, eran las ocho de la mañana en Tonkin, y Silvestre iba a batirse por primera vez.

Agazapada al amparo de la vegetación, la patrulla francesa avanzaba.

A poca distancia hacia lo propio la patrulla china.

De súbito sonó un disparo, y los hombres de uno y otro bando entraron en colisión.

Silvestre se vió solo y a merced de un enemigo. Le apuntó su fusil, pero no tan rápidamente que el otro no tuviese tiempo de aventajarle en la defensa de su vida.

El tiro tumbó a Silvestre, y en la vacilación de la caída oyose un grito desgarrador: — ¡Abuela!...

Era todo lo que le quedaba en el mundo, y ese grito ascendió a las alturas para recogerlo con lágrimas la madre muerta.

Gravemente herido en el pulmón derecho, el pobre Silvestre fue trasladado a un buque hospital, que regresaba a Francia con un triste cargamento de despojos humanos.

Gaud, que, desde la muerte de su padre, vivía pobremente con los restos de una fortuna

comprometida en especulaciones desgraciadas, visitaba más a menudo, si cabe, a la abuela Noan.

Coincidiendo con la grave situación de Silvestre, recibiose una carta suya en el hogar.

Gaud encargóse de leérsela a la abuela.

Decía, en síntesis:

A bordo del "Circe", el 1 de Marzo.

Querida abuela:

Tengo una gran alegría al darle noticias de la vida que llevo a este buque...

Dígale a Gaud que Yann me prometió casarse con ella cuando yo regrese. Estoy seguro de que la ama, pero sigue dominada por la rara obsesión que le causa el Mar...

La abuela acariciaba a Gaud, que no pudo seguir leyendo, presa de gran emoción, y bendecía a su nieto, por haber conseguido arrancar a Yann la promesa de que se casaría con la mujer más buena del mundo.

Simultáneamente, Silvestre se ahogaba en su lecho del buque hospital.

— ¡Más aire!... ¡Más aire! — gritaba.

El enfermero obedeció, pues preveía el fu-

nesto final, y cuando el aire besó sin trabas al macilento enfermo, fué para despedirle para siempre.

Y el sol ecuatorial, un implacable sol de fuego, iluminó el rostro de Silvestre en aquel minuto trágico.

A aquella misma hora, era mediodía en Bretaña, y el sol ponía en las cosas fulgor de incendio.

Y también en aquel instante brillaba el sol en Islandia, pero un sol amarillento, que daba al paisaje una apariencia de cosa muerta, como esos planetas de los cuales huyó la vida.

Algunos días después, en el pequeño cementerio de la isla de Singapur había una tumba más...



Terminaba el verano en el mar de Islandia, y a menudo brumas blancas y espesas, como cendales que se extendiesen sobre todas las cosas, aumentaban los peligros de los pescadores.

La "María" se anunciaba sonando en un cuerno.

De pronto, del fondo de aquella niebla, otro sonido de trompa contestó, anunciando la peligrosa proximidad de otro barco.

Se hicieron rápidas y sonoras preguntas.

—¿Quién está ahí?... ¿Quién ha hablado?

—¡Ohé!... ¿Quiénes sois?

—La "Reina Berta", de Paimpol...

Los dos barcos se habían abordado suavemente.

—Os traemos noticias del país... noticias

amargas... El señor Nevel, el padre de Gaud, murió repentinamente... Silvestre, el nieto de la señora Moan, fué muerto en Tonkin... — dijo uno de los pescadores del "Reina Berta".

La tripulación de la "María" escuchó con profundo pesar las dolorosas nuevas.

Yana palideció al oír que Silvestre había muerto y al pensar en la pena de Gaud por la pérdida de su padre.

Pero tenían que resignarse. Todos estaban acostumbrados a sufrir por sus propias amarguras y por las de los demás.

Al día siguiente, se disiparon las brumas, y el crucero que llegaba de Francia había dejado cartas del terruño en manos de los pescadores de la "María".

En una de dichas cartas, notificábase a un pescador que la "Reina Berta" se había perdido en los mares de Islandia el mes anterior. La tripulación del "Samuel Axenid", que acababa de regresar a Paimpol, aseguraba que encontró sus restos en un fiord...

La noticia rindió por los hombres de la "María", quienes, recordando haber hablado

el día anterior con los compañeros del "Reina Berta", comentaron, llenos de estupor:

—¡Ayer estuvimos hablando con fantasmas!...

El fenómeno que se había producido era incomprensible...

Un alegre día de Junio, cuando la abuela Moan regresaba a su casita, una vecina le dijo:

—Han venido a llamaria de la Comisaría Marítima, abuela. Corra usted, que será sin duda para darle alguna noticia de su nieto.

La anciana se encaminó prestamente a la casa del Comisario, que había visitado, otras veces.

La recibió el nuevo empleado.

—¿Me han mandado llamar, señor?

—¡Ah! ¿Es usted la señora Moan? Espere un momento.

El joven buscó unos papeles, los reunió, depositó encima de la mesa una caja de madera, y leyó en voz alta una nota:

Moan. Juan María Silvestre, inscrito en Paimpol, folio 213, número de matrícula 2091,

falleció a bordo del buque hospital "Ben-Hoo", el 14 de mayo...

La abuela, así que vió la caja de madera, en uno de cuyos lados habia el nombre de su nieto, comprendió la trágica realidad. Pero, a pesar de todo, se resistía a creer que también Silvestre, como todos sus familiares varones, le hubiese sido despiadadamente arrancado por la muerte.

Quedóse llorando inconscientemente, inmóvil y en pie frente al empleado.

Tras larga pausa, pudo balbucir:

—¿Muerto?...

El empleado repitió:

—Sí, señora: muerto.

Los ojos vidriosos de la abuela miraron al empleado, y, sin verle, contempló imaginariamente el desfile de los funcionarios que ella había ido conociendo en aquel sitio desde el que se comunicaban las funestas nuevas...

Además, dirigiendo insensiblemente su espíritu al buque de Silvestre, vió a su adorado nieto riéndose con varios camaradas, ajeno de lo que en fecha no lejana debía ocurrirle.

Indudablemente, y así fué en efecto, Silves-

tre debió morir pensando en ella, en Gaud y en Yann, y dentro de su dolor la anciana parecía hallar un ligero consuelo...

El empleado se repuso al trabajo, y la abuela, recogiendo los papeles y la caja de madera del desaparecido nieto, salió a la calle, sin saber lo que hacía, flaqueándole las piernas y amenazando estallar su pobre corazón.

Avanzó unos pasos. Sintió que no podía andar. Hizo un esfuerzo, estrechando la caja de madera, como una cruz, contra su pecho, y dió unos pasos más. Se tambaleaba. Insistió en caminar, y, bruscamente, cayó al borde del camino sin sentido, estrechando siempre la caja de madera...

Cuando Gaud, como de rosumbre, fué aquel día a casa de la pobre anciana, la encontró gi-miendo en el lecho.

—¿Qué sucede, abuela? ¿Por qué llora usted?

—¡Oh, Gaud! ¡Mi nieto... mi pobre Silvestre!...

—¿...?

—¡Se ha muerto!... ¡Lo han matado!

—¡Oh, abuela!

El pecho de Gaud se desgarró, y escondiendo su rostro en apretado abrazo a la abuela,



—*En silencio, yo vivire con usted, abuela... Te enseñé mi canto aquí...*

sollozó sin freno, y quedaron las dos juntas y mudas hasta el crepúsculo...

Pasada la primera impresión, sobreponién-

dose a su pena para calmar la de la abuela, Gaud murmuró:

—En adelante, yo viviré con usted, abuela... Traeré mi cama aquí y la cuidaré a usted con cariño de hijo.



Hacia el final de agosto, los pescadores "islandeses" empezaron a regresar.

La abuela pensó en Silvestre más que otras veces. El regreso de los que fueron sus compañeros evocaba su propio regreso, su alegría de entonces al sentirlo de nuevo en sus brazos.

Y pensando en el nieto amado, la anciana no se olvidó de que Yann le había hecho la promesa de querer a Gaud.

Gaud pensaba en lo mismo, sin atreverse a decirselo a la abuela.

Pero ésta le ayudó a decidirse.

—Ve, hija, ve... Lo encontrarás en el camino y podrás hablar con él sin testigos.

Y Gaud, el alma henchida de esperanzas, fue al encuentro de Yann... pero sufrió el

desencanto de verle cruzarla en el camino sin detenerse a hablarle y esquivando el saludo.

¿Qué significaba aquello? ¿Había tenido,



...pero sufrió el desencanto de verle cruzarla en el camino sin detenerse a hablarle y esquivando el saludo.

acaso, Yann, el presentimiento de la muerte de Silvestre, al prometer casarse con Gaud a su regreso, o aprovechaba el hecho de que Sil-

vestre no regresaría jamás, para renunciar a casarse con ella?

Haciéndose tales reflexiones, Gaud exclamó para su alma:

—¡Se ha acabado!... ¡Nunca... nunca...!

En efecto, Yann no se presentó ni una sola vez en casa de la abuela Moan. Llevaba desde su llegada una vida disipada, como si quisiese ahogar en vino alguna pena oculta.

Transcurrieron las semanas, lentas y sombrías, y así llegaron los últimos días de febrero.

La pérdida de Silvestre había sido una prueba final demasiado dura para la abuela Moan, cuyo cerebro, a la menor sacudida, no funcionaba normalmente.

Un día, al regresar a su casa, la abuela se vió acosada de muchachos insolentes, que, viéndola hablar sola y caminar tambaleándose, la emprendieron con ella a insultos, creyéndola ebria.

La abuela cayó al suelo, creyendo entonces las sospechas de los muchachos, que redoblaron sus gritos de burla.

—¡ Ah, si estuviese aquí mi Silvestre, no os atreveríais a insultar a una pobre vieja! — gimió la pobre mujer.

Gaud la aperebió desde lejos y acudió a socorrerla.

Casualmente, Yann presenció la triste escena, y encargóse de hacer huir a los chicos.

Y así fué como se presentó por primera vez desde su regreso, a las dos mujeres que había abandonado sin explicación alguna.

La abuela se apoyó en ambos jóvenes, y regresó, con ellos, a su casa.

Yann también entró en el hogar.

Paseando su vista por las cosas de la habitación, la detuvo en un retrato en marco negro brillante y en óvalo de Silvestre, delante del que la abuela oraba. Una medalla de honor pregonaba el sacrificio del desaparecido.

El corazón de Yann se sintió apogado de piedad, y recordando como en un relámpago la promesa hecha a Silvestre, aproximóse a Gaud y murmuró:

— Si usted quisiera... Si usted quisiera... La pesca ha sido buena esta temporada...

La abuela, sorprendiendo el anhelado mo-

mento, que parecía responder al ruego que acababa de dirigir a Silvestre, aguzó el oído.



Una medalla de honor pregonaba el sacrificio del desaparecido.

Gaud le escuchaba en silencio y en silencio lloraba...

—Podríamos casarnos... si usted quisiera, Gaud...

Apresó sus manos entre las suyas, y le pedía temblorosamente una respuesta.

Ella no podía hablar. Al resurgir briosamente, la ilusión ataba su lengua. Pero abandonóse a las miradas de Yann, mientras las lágrimas de alegría cosquilleaban sus párpados.

La abuela se decidió a estimular a Gaud.

—Vamos, hija! ¿Qué esperas para contestar?

Y percibióse el murmurio de la sílaba que es llave de amor.

Yann abrazó a su novia con suavidades que parecían imposibles en él, y la pobre anciana, venciendo su acerbo dolor con la nueva alegría que haría sonreír a Silvestre en el cielo, exclamó, uniéndose a ellos:

—Dios os bendiga, hijos míos!... ¡Me alegro de ser tan vieja, porque así he podido ver esto, que parecía irrealizable!

**

Gaud y Yann vivían horas de felicidad incomparable.

Y en los mágicos atardeceres, cuando la noche extendía su manto sobre todas las cosas, su idilio tenía la dulzura de manos de nieve sobre una herida.

—Gaud, podría decirte todos los vestidos que has llevado desde hace dos años — le dijo aquella noche Yann, besándola con su hábito.

Gaud se ruborizó de dicha, y repuso:

—Entonces, a pesar de todo, ¿me querías ya?

—Sí, Gaud, te he querido siempre.

—Si me querías, ¿por qué huías de mí... por qué me hacías sufrir tanto?

—No sé... Gaud... no sé... Tal vez por eso mismo... Porque te quería...

—En fin, todo eso pasó ya, y ahora no quiero verte nunca más extraño, ¿oyes?

—Ahora... ya sabes que te quiero, Gaud, y es verdad que te quiero.

La boda se preparó con rapidez. No había razón de demorarla, puesto que los novios se conocían bastante y se amaban más todavía.

Y se celebró seis días antes de que la goleta "María" partiese de nuevo para Islandia.

Ella constituyó el mayor acontecimiento risueño del año.

La satisfacción asomaba a todos los semblantes.

Gaud se consideraba la más feliz de las mujeres, y Yann la contemplaba como a una diosa en su sencillo y encantador atavío nupcial. Todas las virtudes nimbaban la frente purísima de la amada. Todos sus esfuerzos tenderían, en adelante, a ser digno de ella, a procurar, en los más nimios detalles, su ventura.

Durante la ceremonia religiosa, a Yann le sacudió de arriba abajo un extraño temblor. No se arredró. El cura le dirigía la consabida pregunta, y contestó a ella con firmeza, oyéndose un "sí" a la vez cariñoso y fiero.

Gaud estuvo deliciosa en tan solemne mo-

mento. Antes de mirar al sacerdote, miró a Yann, como diciéndole: "¿Es preciso que conteste que te amo, cuando mi boca, mis ojos



La comida de boda se celebró en casa de los padres de Yann...

y mis manos lo están diciendo desde tanto tiempo?"

Celebrada la unión, Yann atrajo contra sí a su mujer, y besóla delante de todos.

Los viejos rememoraban sus buenos tiempos... y los jóvenes sentían envidia de la nueva pareja...

Pero nadie advirtió que Yann ponía en su abrazo a su amada, un sorprendente furor. ¡Temía, acaso, que alguien se la arrebatara, y preparábase para disputársela a quien fuere?

La comida de boda se celebró en casa de los padres de Yann, mientras el mar, enfurecido, rugía sordamente.

Una ventada abrió la puerta del comedor. Yann ocultó la intranquilidad de que era presa su mente.

Cerróse dicha puerta, pero volvió a abrirse al poco rato.

—No está muy alegre el mar... Las olas tienen celos de ti, Gaud... porque te he preferido a ellas... — dijo Yann a su mujercita riñéndola por el tallo.

La abuela Moan estaba muy contenta, sí; pero en la mesa, al contemplar uno a uno a los invitados, encontró a faltar el rostro de Silvestre, y abogó unos sollozos en su pecho agotado...

Antes de que terminase la fiesta, los des-

posados se dirigieron a casa de la abuela, que ya estaba acostada, pues regresó a ella des-



Gaud juntó su rostro al de Yann...

pués de la comida, y en su cuarto, sin testigos, alumbrados por una vela próxima a morir, se abrazaron con infinita ternura.

Gaud juntó su rostro al de Yann, que besaba sin cesar y con pasión sus manos finas y aun sin perfume, olorosas.

¿Era sueño o realidad que él tuviese a su merced, por voluntaria entrega de ella, el cuerpo de una virgen como Gaud?

¿Duraría mucho su felicidad?

¡Oh, sí! ¡Su vida era Gaud!

Por dos veces, el viento apagó la luz, y a tientas, enlazados como un solo cuerpo, acercáronse al lecho de doncella de Gaud... y las gasas blancas, como palomas de ilusión, abriéronse para que nadie, nadie más que ellos oyese en el sordo rumor de sus caricias la marcha imperial que entonaban en el cielo...

Seis días — rápidos como relámpagos — duró su felicidad.

Era la víspera de la partida de la "María" para Islandia.

Frente al mar, Yann, abrazado a su mujer, le decía ingenuamente:

—¿Ves como se han tranquilizado las olas? Han comprendido, al fin, que es a ti a quien yo prefiero, y se resignan.

Sin embargo, la espuma que las aguas dejaban en las piedras de la playa, gemía largamente antes de desaparecer...

Gaud no estaba tranquila. Había estado observando a Yann, y sus palabras se le antojaban feticias.

Se puso a temblar, rodeándole el cuello con sus brazos llenos de besos de Yann.

—¿Qué tienes, Gaud? — preguntó el pescador.

—¡Tengo miedo, Yann!... ¡Mañana volverás al mar... serás su presa!...

—No temas... Esperándome tú, he de volver...

Y las olas, aunque calmadas, llegaban sin cesar hasta sus pies...

Al día siguiente llegó el momento de la despedida.

Desde la antevíspera había crepezado la partida de los "islandeses", y al fin le tocaba el turno a Yann.

Según los casos, los momentos de adiós a seres que amamos nos vuelven locuaces o nos entumescen sin que podamos vencernos a nosotros mismos.

Gaud y Yann no se separaron un instante hasta que él hubo de embarrarse, y sus labios parecieron sellados por un pacto secreto.

No podían hablar. Estaban seguros de que si lo hacían estallarían en llanto.

Se respetaban a sí mismos en su doloroso mutismo.

A veces sus ojos se cruzaban, pero en el acto se desviaban, como temerosos de algo misterioso...

Incluso al abrazarse, él desde la borda de la goleta y ella desde el embarcadero, no rompieron su silencio.

Pero ahora los ojos se hablaban, y las lágrimas, al velarlos, disimulaban su palidez.

¡Cuánta ternura, Dios, había en sus caricias!

Sus manos, al tocarse, se golpeaban cariñosamente, sin lograr separarse de sus cuerpos, complaciéndose en sentirse el uno junto al otro.

De pronto, la madra señora de las aguas crugió: la "Maria" levaba el ancla.

Las manos de Gaud y Yann seguían imperturbables su misión de mutuo consuelo; y cuando la distancia separó la unión carnal, sus

almas siguieron juntas, muy juntas, besándose en los labios, en los ojos, que hervían de lágrimas, y en las yemas de sus dedos...



¡Cuánta ternura, Dios, había en sus caricias!

Las olas se abrían al paso majestuoso de la "Maria".

Para seguir despidiéndose del amado, Gaud

iba subiendo hacia la loma donde se erguía la piadosa cruz de las viudas, y agitaba su blanca mano para reunirse imaginariamente con la del pescador.

A su vez, Yana iba remontándose en los mástiles, afanoso de no perder nunca la adorada visión.

Y cuando la goleta no era más que un pájaro planeando en el horizonte, Gaud soltó el dique de su amargura, apoyada en el tronco de un árbol, que otras lágrimas humedecieron...



Pasó el verano, triste, cálido, tranquilo...

Al fin llegaron los últimos días de agosto, y un primer velero "islandés" se dividió en el horizonte.

Los viejos pescadores y los familiares de los ausentes se arremolinaron en el muelle, para descubrir el barco a la vista.

—Se diría que es la "Maria" — dijo un viejo lobo de mar.

Gaud se estremeció de alegría. ¡Su Yana regresaba!

Pero el viejo se retractó:

—No es la "Maria"... Es el "Samuel Azénid".

Y Gaud entristeció, devorando con los ojos el mudo horizonte.

La pesca había sido buena y la "Maria", que se había quedado retrasada en aguas de Islandia, regresaba ya a Paimpol.

—Este año vamos a ser los últimos. Yann
—dijo a éste un compañero.



...arrodillábase al pie del altar e impetraba la clemencia del cielo.

El recuerdo de Gaud se levantó en Yann, pujante, vigoroso, tendiéndole sus brazos anhelantes de su contacto.

Pero tenía que esperar... Aquel año serían los últimos... Así lo había querido el mar...

La larga espera inquietaba a Gaud; y todos los crepúsculos, la dulce mujer iba a enfrentarse con el mar misterioso y enigmático, como si quisiera adivinar lo que ocultaba tras aquella calma aparente, como si quisiera pedirle piedad para el hombre que ella amaba...

Luego entraba en la iglesia, en cuyas paredes, por fatal contraste, veía cruces y lápidas, y un solo nombre: el de los Gaos muertos en el trágico mar de Islandia.

Atemorizada por un funesto presagio, arrodillábase al pie del altar e impetraba la clemencia del cielo.

Una noche, encontró en el santuario a una amiga, cuyo esposo también luchaba en el mar, y sin que mediase palabra alguna entre ellas, estrecháronse en un fuerte abrazo, como si quisieran defenderse juntas de un peligro impalpable pero existente...

Fueron pasando los días...

Casi todos los barcos "islandeses" habían regresado ya. Solamente faltaban la "Leopoldina" y la "María".

Al anunciarse la aparición de un barco a barlovento, Gaud precipitose al muelle, anhe-



Y allá, en el risueño Paímpol, al pie de la Cruz de las Viudas...

lando, en su legítimo egoísmo, que fuese la "María".

Oyose decir:

—Esta vez sí que me parece que es la "María".

Pero otra voz rectificó:

—¡El barco tiene un foque de mesana! ¡Es la "Leopoldina"!

Y, otra vez, de la súbita alegría pasó Gaud a la desesperanza, lúgubre y venenosa serpiente que se enroscaba sin piedad a su alma...

Siguieron otras noches de plegarias, de incesante espera...

Pero en una de ellas, en el mar traidor, la "María", azotada por una furiosa tempestad, entre el crujido de la madera, el derrumbamiento espantoso de los palos y los gritos de ira y de pavor de la tripulación, fué vencida, y con ella todos sus valerosos hombres.

¡El presentimiento obsesionante de Yanti se había cumplido!

Y allá, en el risueño Paímpol, al pie de la Cruz de las Viudas, Gaud, la que supo amar y sufrir y esperar... seguía orando por el que no había de volver, encogiéndose al recuerdo de su amor, de ese amor de un día, que fué sublime y que fué santo...

FIN

COLECCION USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.
El prisionero de Zenda.-El joven Medar-
dus.-Los enemigos de la mujer.-Una mu-
jer de París.- El Corsario.-Para toda la
vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mu-
jer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los
lobos.-...París...-Venganza de mujer.

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Empera-
dor.-Lirio entre espinas.-El que recibe el
bofetón.-Rómulo.-Janice Meredith.-El
Fantasma de la Opera.-El trono vacante.
El Caid.-Madame Sans-Gêne.-América.
Cuando las mujeres aman.-El Capitán
Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella...
Demasiadas mujeres.-Nobleza baturra.
Cenizas de Odio.-El Raja de Dharmagar.
El difunto Matias Pascal.-La marca
de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Pescador
de Islandia.

Precio: 50 céntimos

Próximo número:

LA OCTAVA ESPOSA DE BARBA AZUL
por Morris Swanson y Huntly Gordon

Bicolor, 64 páginas

50 céntimos